

LOS TRABAJOS DEL CRONISTA CUATROCENTISTA

R. B. TATE

DENIS HAY, PROFESOR DE HISTORIA en la Universidad de Edimburgo hasta su muerte, fue autor de muchos libros y editor de numerosos textos de historiadores humanistas tan diversos como Flavio Biondo y Polidoro Virgilio. En su *Renaissance Essays* ha llamado la atención sobre la manera en que la historiografía del *quattrocento* ha sido tratada por los críticos literarios y los historiadores profesionales.

Los historiadores propiamente dichos, dice, han jugado un papel muy pequeño al valorar los cambios en la metodología histórica y en muchos casos han aceptado anticuadas afirmaciones de los historiadores de la literatura. Pocos, hasta los años cincuenta, habían intentado situar a los escritores de historia en su contexto sociocultural: «The literary specialist and the historian each gives a guilty acknowledgement that his world is only part of the larger world picture and then proceeds as if it were the world in its entirety»¹. Los ensayos o capítulos en temas tales como la «historiografía humanista» tienden a sugerir que el fenómeno del humanismo es un espíritu omnipresente que dispone de un pasado negativo y apunta a un futuro luminoso en todos los aspectos de la cultura. Tales puntos de vista historicistas son, en su sentido más grosero, ahora muy poco frecuentes, pero aún permanecen vestigios en los niveles más profundos de la conciencia de muchos críticos.

El presente artículo tiene muy modestas aspiraciones. Podría ser calificado de exploración adicional a las líneas de mis artículos sobre el cronista oficial de Castilla en el siglo XV y sobre la historiografía en el reinado de los Reyes Católicos². Podría también considerarse como un estudio del funcionamiento de los cronistas remunerados por la corona, los deberes que les estaban asociados y sus actividades en Europa occidental. Soy muy consciente de que aún tenemos muchos puntos oscuros sobre la manera en que surgieron las obligaciones de un historiador oficial —si existían algunas fijas— y qué servidores concretos de la corona eran considerados apropiados para la tarea. Lo que resulta claro muy pronto es que hay una notable variedad de enfoques en las administraciones reales de Europa occidental.

No consideraré solamente a los cronistas pagados por la corona, sino también a los que, sin recibir un salario, escriben de las convicciones y creencias que emanan de la política

¹ Denis Hay, *Renaissance Essays*, London and Ronceverte, USA, 1988, p. 152.

² «El cronista real castellano durante el siglo quince», *Homenaje a Pedro Sainz Rodríguez, III. Estudios Históricos*, Madrid, 1986, pp. 659-668. «La historiografía del reinado de los Reyes Católicos», *Coloquio Nebrija*, Salamanca, 1992. en prensa; «Sancho de Nebrija y su antología historiográfica», *Insula* 551, 1992, pp. 17-19.

real. También incluiré a los que, empleados en la corte o en la cancillería real, finalmente rechazaban la política real y buscaban empleo en la oposición. Finalmente, deseo prestar atención a ese grupo de cronistas, laicos o eclesiásticos, que combinan los deberes de secretario, consejero, enviado diplomático e historiador. En otras palabras, en muchos casos la redacción de la historia oficial en el siglo XV no es tarea exclusiva de un individuo a sueldo de la corona, es sólo una de las posibles obligaciones. La historia realizada por encargo, en latín, para consumo del extranjero, hecha por un erudito italiano importado es solo uno de los muchos aspectos de la historiografía del *quattrocento*. Se mostrarán ejemplos de Inglaterra, Borgoña, Francia, Aragón, Castilla y Portugal. No trataré de Italia que ha sido bien estudiada durante el período posterior a la guerra³.

Hay varios cambios culturales significativos que deben tenerse en cuenta antes de emprender tal estudio. ¿Cómo se puede explicar la floreciente expansión de la historiografía durante el siglo XV y principios del XVI? El estudio reciente de las *litterae humaniores* es simplemente una de las muchas causas y no necesariamente la más significativa. Guénée, en su extraordinaria revisión de la historiografía de Europa occidental⁴, sugiere una íntima asociación entre el crecimiento de la burocracia oficial, la expansión de las cancillerías y el nuevo vínculo entre secretario e historiador o entre asesor real, miembro del consejo e historiador. Cuando estos burócratas, cuidadosos y competentes, escriben como historiadores, sus trabajos reflejan su experiencia, sus intereses profesionales y su sentido del deber hacia su superior. Son los técnicos de la palabra escrita, para ellos el documento escrito tiene mucho más peso que los rumores transmitidos oralmente. Están preparados para recopilar expedientes, para copiar documentos y para comprender su impacto. Conocen y usan el poder de la propaganda bajo la forma de un tratado, en una obra alegórica, en una hoja suelta o en el más amplio recorrido de la historia nacional. Se dan cuenta perfectamente de las luchas internas por el poder y a menudo sufren a causa de la lealtad escogida.

Una de las revoluciones silenciosas de finales de la Edad Media fue la manera en que la vieja estructura educativa eclesiástica alojó una nueva clientela sin ninguna intención de perseguir el camino tradicional hacia su fin lógico. Los jóvenes aprendían las letras no para ser sacerdotes, sino para convertirse en laicos más valiosos a fin de adquirir unas nociones de leyes que les llevarían a entrar en la administración de los reyes, nobles y obispos que se dirigían cada vez más a los laicos letrados, y se alejaban de los servidores eclesiásticos. Se fundaron nuevas escuelas y colegios. Esto no significó necesariamente un cambio importante en la práctica, pero puede verse el desarrollo del ideal de un laicado piadoso junto al ideal educativo de un clero culto.

Hans Baron ha esbozado las circunstancias políticas que condujeron a una nueva casta de administradores y cancilleres en la república de Florencia⁵. La doctrina de que los hombres importantes deberían servir a su comunidad, su ciudad, su príncipe o duque, no necesita un medio ambiente mediterráneo para florecer. Necesitaba, sin embargo, la convicción de que los administradores cultos eran esenciales para un gobierno eficiente en

³ Espero que se me perdone por no dar una amplia bibliografía que, en gran parte, se incluye en los trabajos citados en las notas.

⁴ Bernard Guénée, *Historie et culture historique dans l'occident médiéval*, Paris, 1980, esp. Cap. II, § 3.

⁵ Hans Baron, «Cicero and the Roman Civic Spirit in the Middle Ages and the Early Renaissance», *Bulletin of the John Rylands Library*, XXII (1938), pp. 72-97; «Franciscan Poverty and Civic Wealth as Factors in the rise of humanistic thought», *Speculum* XIII (1938), pp. 1-37; *Humanistic and political literature in Florence and Venice at the beginning of the Quattrocento: studies in criticism and chronology*, Cambridge, Mass., 1955; *The Crisis of the early Italian renaissance*, Princeton, 1966.

todos los niveles. No era éste, en efecto, un fenómeno nuevo. Los reyes de Francia, Inglaterra, Castilla y Aragón se habían apoyado mucho en el clero en el pasado, pero esta base clerical de la administración real y señorial empezó a cambiar en el siglo XV y el *letrado* fue requerido para dirigir los asuntos del rey, del duque, del propietario y de la ciudad. Esta es una de las transformaciones más decisivas en el gobierno y la sociedad europeos. Las guerras exteriores estimulaban la diplomacia e incrementaban los intercambios entre naciones. Los concilios eclesiásticos y las llamadas a la cruzada reforzaron la moderna noción de corte y los consejos reales aumentaron la cantidad del papel que circulaba entre el príncipe y sus representantes, emisarios, procuradores y embajadores en el extranjero. Y ahora el papel era más barato.

En todas estas esferas nos encontramos con el secretario. A mediados del XVI iba a convertirse en el jefe dinamizador de la máquina administrativa de monarquías como la de los Habsburgo. Se puede recordar cómo Diego Hurtado de Mendoza se refería al ascenso del *letrado* bajo los Reyes Católicos en su prólogo a la Guerra de Granada⁶ y cómo Richard Pace, secretario y agente de Enrique VIII de Inglaterra en Venecia, de estirpe modesta y formado en Italia, replicó a un noble inglés, un «generosus» que rechazaba la erudición como poco conveniente para un hombre de noble nacimiento: «Señor —replicó— cuando el rey necesita a alguien que responda a un embajador extranjero, no se dirigirá a su hijo, que se dedica a la caza del zorro, sino a un rústico culto»⁷. Estos secretarios, haciendo también las veces de representantes en el exterior, desde luego manejaban correspondencia diplomática. Inevitablemente esto exigía un conocimiento de latín y de algunas lenguas extranjeras, como se puede ver en el caso de Pace arriba nombrado o de Tomás Moro en Inglaterra, Comynes y Gaguin en Francia, el obispo Margarit de Gerona en Aragón y Alfonso de Palencia en Castilla. La combinación de secretario, embajador y cronista constituía una característica significativa de la época, como Baron ha demostrado para Italia. Aquí sólo tengo espacio para aludir a una serie de casos ilustrativos del resto de Europa occidental. Es importantísimo poder hacer comparaciones internacionales y observar dónde se sacaba ventaja y dónde no se conseguía ir tan lejos.

I

En primer lugar empecemos por Inglaterra que, desgarrada por la guerra civil, hace frente a los escoceses en el norte, a los galeses en el oeste y a los franceses al otro lado del Canal.

Como Antonia Gransden ha afirmado, la tradición de la historiografía monástica había languidecido con el declive de las casas matriz de los establecimientos monásticos. No tenemos indicios de que la corona hiciera serios esfuerzos para crear una historiografía oficial o un puesto cualquiera en conexión con esa tarea dentro de la cancillería. Estas guerras exteriores y de aniquilación mutua habían fomentado los panfletos y la propaganda

⁶ «Pusieron los Reyes Católicos el gobierno de la justicia y cosas públicas en manos de letrados, gente media entre los grandes y pequeños, sin ofensa de los unos ni de los otros: cuya profesión eran letras legales, comedimiento, secreto, verdad, vida llana y sin corrupción de costumbres ... esta manera de gobierno, establecida entonces con menos diligencia, se ha ido extendiendo por toda la cristiandad, y está hoy en el colmo de poder y autoridad», *Guerra de Granada*, Ed., Intro. y notas de Bernardo Blanco González, Madrid, 1970, p. 105.

⁷ «Nam si ueniret ad regem aliquis uir exterus, quales sunt principum oratores, et ei dandum esset responsum, filius tuus sic ut tu uis, institutus, inflaret duntaxat cornu, et rusticorum filii docti, ad respondendum uocarentur», *De fructu qui ex doctrina percipitur*, Basel, 1517, pp. 15-16.

a ambos lados del Canal, pero nada de esto iba convirtiéndose en la sólida actividad histórica del tipo que encontramos en Borgoña. Y esto no quiere decir que no hubiera figuras capaces de dedicarse a esta rama de las letras⁸. Lejos de eso, el nivel cultural era alto entre los secretarios reales. Si examinamos las trayectorias profesionales de los exponentes de las *litterae humaniores* en Inglaterra, aproximadamente desde 1440, encontraremos que la mayoría eran empleados a menudo por la corona como embajadores o como procuradores en Roma, como oficiales reales o muy a menudo desempeñaban cargos elevados como los de Guardián del Sello Privado o Secretario del rey. Un ejemplo concreto es el de Thomas Bekynton, procedente de un linaje humilde, quien, después de estudiar en Oxford, entró al servicio de Humphrey, duque de Gloucester, el equivalente inglés del marqués de Santillana. Sirvió como diplomático en Francia y organizó la fundación del colegio de Eton, gracias al recaudador papal, Vicens Climent de Valencia. Pero ni él ni otros como él hicieron algo más que reunir trabajos históricos⁹. Bajo Eduardo IV (1461-66; 1471-83) la situación cambia. Políticamente el secretario real se convierte en una persona más importante y en miembro del consejo; el rey nombra al primer secretario para la correspondencia en francés y en 1496 un italiano de Brescia, Pietro Carmelano, llega a ser el primer secretario para la latina¹⁰. En este reinado es cuando encontramos al primer cronista que es doctor en Derecho Canónico y también tiene una experiencia diplomática en el extranjero, en este caso en Borgoña en 1471.

Hasta ahora no puede ser identificado por su nombre. Su narrativa, conocida como *The second continuation to the Crowland Chronicle*, empieza con la batalla de Ludlow Field (1459) y termina con la famosa batalla de Bosworth (1486). El autor parece bien cualificado para la tarea tanto por sus conocimientos como por su experiencia y claramente confía en su memoria personal. El tono narrativo tiende a respaldar un argumento político firme, que el reinado de Ricardo III fue el desastre final de una guerra dinástica. En este mismo período, probablemente la *Chronicle of the Rebellion in Lincolnshire in 1470* fue también escrita por alguien que se movía en las cercanías del Sello Privado, que tenía conocimientos de primera mano de la correspondencia real y una relación estrecha con aquellos que se movían entre Enrique VI, los duques de Clarence y Warwick. Otro agente de Enrique V en Escocia, John Harding, escribió una crónica en verso que se extendía desde el legendario Bruto hasta 1437, en parte para persuadir a Enrique VI de la reconquista de Escocia, a cuyo fin desplegó sus habilidades diplomáticas para falsificar los documentos que la respaldaran. Estos documentos se conservan aún en el Public Record Office¹¹. Pero ninguna de estas obras, por próximas al trono que puedan estar y pese a haber sido escritas por figuras implicadas en la actividad diplomática, pueden ser calificadas de historia oficial en el sentido real del término. En realidad sólo cuando llegamos a Polidoro Virgilio y Tomás Moro se puede hablar de auténticos historiadores y de historia de encargo, escrita por hombres de Estado y esto sucede a comienzos del siglo XVI.

⁸ ANTONIA GRANSDEN, «Propaganda in English medieval historiography», *Journal of Medieval History* 1 (1975), pp. 363-381; «Politics and historiography during the Wars of the Roses», *Medieval historical writing in the Christian and Islamic World*, ed. D. O. Morgan, London, 1982, pp. 126-148; *Historical Writing in England II; 1307 to the early sixteenth century*, Cornell, 1982, cap. 13, pp. 387-424.

⁹ R. WEISS, *Humanism in England during the fifteenth century*. Oxford, 1967, pp. 71-77, 79-81, 134-136.

¹⁰ J. OTWAY-RUTHVEN, *The King's Secretary and the Signet Office in the fifteenth century*. Cambridge, 1939.

¹¹ ANTONIA GRANSDEN, *Historical Writing*, pp. 249-250, 252, 261-264, 265-287.

Ambos eran miembros del famoso club, *Doctors' Commons*, conocidos del secretario de correspondencia en latín, Andrea Ammonio, del erudito francés Guillermo Budé y de Erasmo. Polidoro Virgilio tenía poderosos protectores y era uno de los más apreciados agentes reales en Roma hasta su caída en desgracia en 1517. Es evidente que guardaba una especie de diario de la actualidad de la época y como resultado del encargo directo de Enrique VII, comenzó a trabajar en su extensa historia de Inglaterra, la *Anglica Historia*, finalmente dedicada a Enrique VIII¹². La historia iba destinada a un amplio auditorio en el país y en el extranjero y fue profundamente modificada a lo largo de diferentes versiones, de acuerdo con la opinión cambiante de Virgilio sobre los monarcas Tudor.

Es ésta una narrativa coherente y estructurada, basada en una secuencia de reinados, dirigida a sustituir las «escuetas, incultas, desordenadas y engañosas» crónicas monásticas. Como el obispo Margarit, reconoció el valor de las fuentes primarias en la prehistoria y como él rechazó la esencia de las leyendas fundacionales tradicionales y también las clásicas etimologías falsas. En la época Moderna la *Historia* tenía la finalidad de extender la propaganda Tudor. Los protectores de Virgilio, Enrique VII y, especialmente Enrique VIII, necesitaban un historiador que escribiera en su defensa. Su derecho al trono era débil y tenían que combatir la sedición interior y exteriormente. Virgilio sabía cómo acercarse a su público en el extranjero y conocía a aquéllos a quienes deseaba persuadir y con qué medios debía hacerlo. La *Anglica Historia*, resultado de una historia de encargo patrocinada por los reyes, ejerció una influencia formativa en la posterior historiografía Tudor y se convirtió en parte de la preceptiva literaria clásica del siglo XVII, llegando hasta Shakespeare con expresiones tales como el «malvado tío» (Ricardo III) y el «codicioso prelado» (Cardenal Wolsey). El tenebroso retrato de Ricardo III que Virgilio dejó a la posteridad, en todos sus aspectos esenciales, fue doblado y reforzado por el que dejó Sir Tomás Moro. Es un caso muy similar al de la descripción de Enrique IV dejada por Alfonso de Palencia, que en esta ocasión se mantuvo hasta principios del siglo XX.

La biografía escrita por Tomás Moro, *The History of Richard III*, fue elaborada, probablemente, entre 1510 y 1518, al mismo tiempo que la *Utopia* y en dos versiones, en latín y en inglés. Como Virgilio, apuntaba a un número de lectores en el país y fuera de él. No se acabó nunca, quizá porque él estaba demasiado ocupado con los asuntos del rey. En 1511 se convirtió en miembro del consejo real y en los años siguientes fue nombrado para ocupar diversos cargos públicos, culminando en la cancillería en 1529; de hecho, fue el primer laico que guardó los sellos reales. También había llevado a cabo diversas misiones diplomáticas en el extranjero. Dicha biografía, como la segunda mitad de la historia de Virgilio, se escribió en torno a un tema, en este caso un *exemplum* sobre la naturaleza de la tiranía y sus consecuencias. Una vez más existen paralelismos curiosos con el trato que da Palencia a Enrique IV, en el sentido de que la educación del príncipe es la responsable de la posterior generalización del caos en el reino. Moro en su *Utopia*, como Fernão Lopes en la crónica de João I o Palencia en el tratado *Perfección del Triunfo Militar*, expresaba la misma antipatía hacia una nobleza egoísta y unos prelados rapaces. Todos usan la misma ironía y sus gustos por una presentación dramática son extraordinariamente semejantes. Finalmente, Moro, como Palencia, habla desde un íntimo conocimiento, o al menos muy próximo de los protagonistas de la narración¹³.

¹² DENYS HAY, *Polydore Vergil, Renaissance Historian and Man of Letters*. Oxford, 1952.

¹³ A. F. POLLARD, «The making of Sir Thomas More's Richard III» en *Historical Essays in honour of James Tait*, Ed. J. G. Edwards et al. Manchester, 1933, pp. 223-238.

Así, con el cambio de siglo aparecen, en latín, y destinadas a un amplio público europeo, dos historias de género diferente, pero con un mismo sello: estar escritas por servidores públicos próximos al trono y ser sus autores buenos conocedores de la diplomacia europea. Estas narraciones se componen con claros efectos propagandísticos y con propósitos didácticos, alabar a los Tudor e injuriar a la casa de York. Sin embargo, son éstas ejemplo de apología y no el producto de un historiador real nombrado como tal. Para ver los trabajos de un cargo consolidado de secretario-cronista, debemos dirigirnos a la casa ducal de Borgoña.

II

Una de las características importantes de las bibliotecas ducales es la incidencia de los trabajos históricos. Esto no es tan evidente en el caso de Felipe el Atrevido (1363-1404), quien no muestra ninguna fascinación por el pasado como la que encontramos, en el caso de Aragón, en Juan I y Martín el Humano. Con Felipe el Bueno (1419-1467) surge realmente un inmenso interés por la historiografía. Él fue quien envió una obra de Livio a Humphrey de Gloucester en Inglaterra. Y este entusiasmo continúa bajo Carlos el Temerario (1467-1477) quien, como Alfonso el Magnánimo «faisoit lire les haultes histoires de Romme et preuoit moult grand plaisir ès faitz des Romains»¹⁴.

La historiografía latina oficial empieza con Edmond de Dynter, un caballero de Brabante, secretario de Felipe el Bueno. La situación social de Dynter confiere desde el punto de vista formal el principal aliento de las crónicas de Borgoña que sigue las trazas caballerescas, tal como la de Monstrelet (m. 1453) que dio tan característico sabor a *El Otoño de la Edad Media* de Huizinga. El estilo de Monstrelet es un perfecto ejemplo también de la aproximación, propia de un secretario, a las proezas de las armas. Consulta Monstrelet todos los informes de los diversos sucesos, los encuentra difíciles de conciliar, deja de lado todo los hechos que se consideran dudosos y finalmente atribuye todos los errores a quienes habían hecho los informes originales¹⁵.

Los más significativos representantes de la combinación secretario-consejero-emisario-cronista son Chastellain, Molinet y Olivier de la Marche. Chastellain (1419-1476) estuvo al servicio del Duque desde 1446, fue embajador de Felipe el Bueno durante sus diferencias con Carlos VII de Francia y también fue el enviado de la princesa alemana. Fue nombrado cronista oficial en 1456 y desempeñó el cargo hasta su muerte. Como muchos de sus iguales estuvo interesado en la educación de los príncipes. Aunque historiador de la casa ducal, tenía unas miras más amplias. Su principal aspiración consistía en ver la reconciliación con la corona francesa y en este sentido, como hemos visto en muchos de sus contemporáneos, atacó la mezquina y egoísta actitud de la política nobiliaria, un tema recurrente entre la nobleza menor y los servidores laicos de la corona¹⁶. En efecto, fue tal

¹⁴ OLIVIER DE LA MARCHE, *Memoires*, Ed. Beaune. Paris, 1883-1888, II, p. 334.

¹⁵ «enquerir et savoir comment les besognes ont esté faictes, et icelles comprendre par lois continuées, en aiant consideration a ce que maintes fois ay apperceu, que aucuns d'un mesmes parti ou de plusieurs, faisaoient de icelles besognes où ilz avoient tous ensemble esté présens, divers raports et difficiles; et me suis par maintes fois en moy-mesmes apensé comment ce se pouvoit faire, et se de la diversité de leurs rapor y pouvoit avoir autre cause ou raison que faveur aux parties...» *Chronique*, ed. L. Douet-D'Arcq. Paris, 1862, (reedición: Londres, 1966), I, pp. 3-4.

¹⁶ «Doncques qui Anglois ne suis, mais François, qui Espagnol ne Ytalien ne suis, mais François; de deux François, l'un roy, l'autre duc, j'ai escrit leurs oeuvres et contentions ...», *Oeuvres*, ed. Kervyn de Lettenhove. Bruxelles, 1863-1866, (reedición: Ginebra, 1971), IV, 21.

el examen de los motivos de sus contemporáneos que temió que esto le pudiese acarrear problemas, algo que Palencia también debió arrostrar¹⁷.

Jean Molinet (1435-1507), quien se reconocía discípulo de Chastellain, le sucedió como cronista oficial en 1475. Está incluido en la misma categoría; en 1497 se le considera «conseillier, cronicqueur et historiographe de nostre dit seigneur», es decir, el archiduque Felipe el Hermoso y más tarde, en 1504, fue consejero del Emperador Maximiliano. Como cronista acompañó a su soberano sin tomar parte en realidad en la actividad diplomática, pero tuvo acceso a los archivos ducales y transcribió documentos en su obra narrativa. Y aquí tenemos uno de los muchos ejemplos de una figura laica de origen modesto que alcanza una posición noble por medio del servicio a sus superiores como cronista¹⁸.

Jean de Waurin, que luchó con Juan sin Miedo, Felipe el Bueno y Carlos el Temerario, compartió todas las características comunes a un cronista borgoñón. Fue enviado por Felipe el Bueno ante el papa Pio II en 1463 para tratar de la guerra con los turcos. Sirvió a Carlos el Temerario en la corte como consejero y chambelán y le acompañó en muchas misiones, tales como el encuentro en Calais con Richard Neville, Earl de Warwick, donde se encontró cara a cara con Commynes. Comenzó su *Recueil des Chroniques* en 1446 y llegó hasta los años 60, basándose, como Molinet, en su experiencia directa y en informes¹⁹.

Olivier de la Marche es quizá el mejor conocido del grupo borgoñón. Soldado, consejero, embajador, poeta, diarista, historiador, acompañó a Carlos el Temerario en la mayoría de sus campañas y, aun siendo asesor de confianza de Carlos, no desplazó a Molinet. Como se ha dicho más arriba, escribió para la instrucción de su alumno el archiduque y su comentario sobre la Orden del Toisón de Oro, *le Chevalier Delibéré*, se tradujo al castellano. Su crónica o *Mémoires* también iba dirigida a la misma persona y siguió la moda clásica borgoñona de recordar la vida y ceremonias caballerescas. Para ciertos criterios podría esto parecer algo anticuado ya a finales del siglo, pero lo que se quiere hacer ver en el contexto de este artículo es que la estrecha combinación de funciones múltiples se mantuvo de modo más consistente y coherente en Borgoña que en cualquier otro lugar de Europa occidental.

III

En Francia, por el contrario, la situación está más próxima a la experiencia inglesa. La tradición monástica de la historiografía, centrada en los monjes de St. Denis, más o menos llegó a su fin con la crónica latina de los *Religieux de St. Denis*. Ahora bien, los gobiernos encontraron su respaldo en otros lugares y, como los Tudor, necesitaban apoyo para defender su legitimidad. La legitimidad de la dinastía de los Valois no quedaba fuera de duda y controversia, y en el acalorado ambiente de las guerras con Inglaterra, surgió una floreciente literatura de circunstancias. Además de la molestia que se tomó Carlos V en hacer revisar las *Grandes Chroniques* de modo que le fueran favorables, emergió en el

¹⁷ «que par trop éplucher par fait les choses secrètes ... je n'acquisite haine envers moi et malveillance», cit. G. Perouse, *Georges Chastellain*. Paris, 1908, p. 47

¹⁸ BOEL DUPIRE, *Jean Molinet, la vie et les oeuvres*. Paris, 1932; *Chroniques de Jean Molinet*, ed. G. Doutrepoint et O. Jodogne. Bruxelles, 1935-37, 3 vols.

¹⁹ ANTONIA GRANSDEN, *Historical Writing*, pp. 288-292.

entorno real todo un conjunto de tratados pseudo-históricos para dar respuesta a las inútiles demandas inglesas al trono de Francia; tratados basados en la historia pasada, remontándose hasta Clodoveo. Uno de los textos más característicos y significativos es el *Libellus adversus Anglos*, salido de la pluma de uno de los secretarios del rey, Jean de Montreuil. También son importantes los panfletos compuestos por Jean Jouvenel des Ursins sobre el tratado de Arras y la pseudo-crónica de Noel de Fribois, con el propósito de ensalzar el reino de Francia. Muchos de estos tratados son anónimos, pero los más convincentes y persuasivos proceden de los secretarios reales. Cito las palabras de André Bossuat: «A cette époque, les secrétaires du roi ne sont plus seulement des rédacteurs d'actes royaux ... Formés dans les universités par la pratique non seulement du droit mais aussi des lettres anciennes ... ils étaient déjà bien placés pour connaître les événements et les apprécier. Jean de Montreuil, Alain Chartier, Noel de Fribois sont secrétaires du roi, et Robert Blondel était attaché à la cour comme précepteur d'un enfant royal ... C'est leur talent que les gouvernements utilisent pour justifier leur politique ou expliquer les événements»²⁰.

La corona necesitaba llegar a un público más amplio por medio de esta propaganda pseudohistórica. Jean de Montreuil, después de haber publicado, en latín, el *Libellus contra Anglos*, añadió una traducción francesa. La *Oratio hystorialis* de Robert Blondel se convierte en el *Traictié des droits de la couronne de France*. El traductor es claro en sus motivos: «un petit livre des droits de la couronne de France fait premierement en latin dont l'effet a depuis esté mis en françoys pour l'instruction des François presens et advenir». Esto, naturalmente, es lo que ocurre en Castilla con las dobles versiones en latín y en lengua vernácula de los tratados de Alfonso de Palencia²¹.

En este clima político Robert Gaguin escribió al canciller real en los años 70 pidiendo ser nombrado para ocupar el puesto de historiógrafo real. Era un monje trinitario que había viajado a Alemania, Italia y España al servicio de la Orden (tiene este autor muchas cosas interesantes que decir acerca del reinado de Enrique IV). A menudo fue representante oficial ante la Universidad de París y emisario real. En 1484 presentó la obediencia real a Inocencio VIII en Roma y apoyó allí las pretensiones de René de Anjou al reino de Nápoles. Fue a Heidelberg a explicar al Elector palatino el matrimonio de Carlos VIII con Ana de Bretaña y el rechazo de Margarita de Austria que había sido devuelta a su padre —una situación bastante delicada— y también mantuvo negociaciones con la corona inglesa²². En 1476 cuando el poco conocido historiógrafo real Guillaume Danicot murió, Gaguin escribió al canciller Pierre Doriole -cuyo trabajo consistía en nombrar un sucesor- para señalar la acuciante necesidad de una historia oficial en latín del reino de Francia desde sus tiempos más primitivos. No obtuvo contestación y así en 1497 escribió al valido de Luis XI, Ambroise de Cambray, preguntando de una manera más clara si se le podía otorgar el puesto, al tiempo que se quejaba de la indolencia e ignorancia de los historiadores contemporáneos. Así, en 1495, sin ningún respaldo oficial publicó su *Compendium de Francorum origine et gestis*, a pesar de que «nulla principis munificentia provocatus». Tenemos aquí una situación muy similar a la de Rodrigo Sánchez de Arévalo,

²⁰ A. BOSSUAT, «La littérature de propagande au XVe siècle. Le mémoire de Jean de Rinel, secrétaire du roi d'Angleterre, contre le duc de Bourgogne (1435)», *Cahiers d'histoire* I (1956), pp. 131-146, especialmente 143.

²¹ R. B. TATE, «El cronista real castellano», pp. 660-661.

²² MIREILLE SCHMIDT-CHAZAN, «Histoire et sentiment national chez Robert Gaguin» en *Le métier d'historien au Moyen Age: études sur l'historiographie médiévale* sous dir. Bernard Guénéé. Paris, 1977, pp. 233-300. Con amplia bibliografía. Véase también Franco Simone, *Il rinascimento francese*. Torino, 1961, *passim*.

furioso ante las pretensiones italianas de ostentar la supremacía cultural, al escribir su *Historia Hispanica* en el castillo de Sant'Angelo en Roma. Gaguin trata de realizar una *apologia pro patria sua* contra los prejuicios, a su entender, de Petrarca, Valla y otros. Y lo que es más importante en este período de las campañas italianas de Carlos, Gaguin escribe para anunciar por medio de su latinidad la justicia de las pretensiones francesas y la gloria del pasado francés. En el tratamiento que da a la prehistoria, como Margarit y Polidoro Virgilio, rechaza las fuentes intermedias, desconfía de las leyendas fundacionales y usa la imagen humanística, del gusto de Nebrija, de arrojar luz a la oscuridad, «res caliginosas et penitus jacentes ... eruere, tergere et digne venustate reddere splendidas»²³.

No puede encontrarse un contraste mayor con lo dicho arriba que en las *Mémoires* de Philippe de Commynes. Ambos escriben como servidores de Luis XI, pero con perspectivas completamente diferentes —Gaguin para hacer publicidad de la reputación de su país en el extranjero y Commynes, entre otros propósitos, para ofrecer prácticos consejos en asuntos diplomáticos. Ninguno de ellos escribe en calidad de historiador nombrado oficialmente, pero ambos lo hacen con el sentido de estar próximos al núcleo de las cosas. Commynes estaba *in omnibus et per omnia* como un enviado milanés señaló a Galeazzo Sforza. No deseo escribir mucho sobre Commynes, ya que su trabajo es muy bien conocido, sino simplemente llamar la atención una vez más sobre el que su larga experiencia de consejero, el hecho de ser emisario en Saboya, Florencia, Milán y Venecia²⁴, una posible peregrinación a Santiago de Compostela —una promesa «qui dissimulait souvent des menées suspectes»²⁵— y un inestimable conocimiento de la corte borgoñona antes de su desertión de Luis XI, influyeron en la redacción de su testamento político para Angelo Cato, arzobispo de Vienne. Lejos de ser un simple relato de un fiel servidor, se puede sostener contra el punto de vista convencional de que las *Mémoires*, escritas en el exilio, son la obra de un político fuertemente resentido. Para muchos de los comentaristas recientes, las observaciones de Commynes constituyen una justificación de su propia carrera. Como Palencia, pero de un modo más tortuoso, Commynes se las ingenia para sugerir su honradez, su virtud, su importante participación en los acontecimientos principales —yo estuve allí y ellos confiaron en mí. Tampoco tiene ningún escrúpulo en omitir el papel de otros a fin de dar más importancia al suyo propio. Si la historia de Gaguin era una *apologia pro patria sua*, la de Commynes era, en parte, una *apologia pro vita sua*. Y al seguir esta línea, rompió con las prácticas de sus predecesores y ofreció una visión del comportamiento humano totalmente en desacuerdo con la tradición caballeresca.

La historiografía, en Francia y en la Borgoña del siglo XV, considerada en su más amplio sentido, ofrece una notable gama de posibilidades. Los trabajos más significativos están escritos por aquéllos cuyos campos de experiencia habían sido ampliados por el contacto próximo con la corona a través del empleo como secretario o servicio en el consejo, por el acceso a los archivos y a la correspondencia, por los viajes en misiones diplomáticas o semi-oficiales al extranjero. El interés en la historia pasada es cierto que fue intensificado por las tensiones políticas entre Francia, Inglaterra y Borgoña, lo que llevó a una cantidad de panfletos y tratados que emanaron principalmente de los oficiales al

²³ «Est mihi, Francisce [su interlocutor, François de Ferrebouc en 1468], quotidianum fere certamen cum Hispanis inter jocandum Gallia ne sit an Castelle feracior», *Epist. et orat.* ed. L. Thuasne. Paris, 1903, I, pp. 185, 254.

²⁴ Commynes se refiere a mensajes y cartas de embajadores como fuente de información esencial: «Par quoi on peult assez avoir d'informations et leur nature et condition» [i.e. de príncipes y monarcas], cit. J. Dufournet, *La destruction des mythes dans les Mémoires de Ph. de Commynes*, Ginebra, 1966, p. 17

²⁵ JEAN DUFOURNET, *La vie de Philippe de Commynes*. Paris, 1969, p. 30.

servicio de la corona. En este siglo cuando el conflicto forjaba un sentimiento de identidad nacional y una fuerte consciencia de los límites y fronteras, los gobiernos necesitaban influir sobre la opinión pública en el país y persuadir a sus aliados en el extranjero. Con estas experiencias en la mente nuestra comprensión de cómo se escribió la historia en la Península Ibérica será mucho más clara.

IV

Lo más adecuado es tratar de la Península Ibérica en tres apartados individualizados: en primer lugar, la característica serie de cronistas-archiveros del *quattrocento* portugués, luego la errática trayectoria de la historiografía oficial en la Corona de Aragón y finalmente, el asombroso crecimiento de la actividad historiográfica en Castilla durante la «transformación» creada por los Reyes Católicos, un concepto que, en sí mismo, se debe al trabajo de los cronistas que trabajan bajo la supervisión de Fernando e Isabel.

A Fernão Lopes le debemos la «independencia» de la historia de los reinados de Portugal, diferenciada de la serie previa de revisiones de las obras alfonsinas en portugués. La primera iniciativa la podemos atribuir a Dom Duarte y a su famosa carta de 1434, en la que da una pensión anual a su secretario para «poer em coronica as estorias dos Reys que antygamente em Portugal foram». Es bastante probable que Lopes estuviera ya trabajando en este tema en el reinado de Fernando I. Bien puede haber influido un doble motivo: el ejemplo de las crónicas reales de Castilla, en particular las de López de Ayala, y el precedente del concepto de una nueva época infundido con un fuerte fervor patriótico con el propósito de corregir los puntos de vista recogidos por el canciller castellano²⁶. Lo que es más significativo para nuestro objetivo actual es reconocer el explícito interés de la Casa de Avis en establecer una historiografía oficial y en vincular esto a la reorganización de los archivos reales de la Torre do Tombo. Es más que probable que este proyecto se hubiera estado desarrollando desde que, en 1414, Dom Duarte fuera consejero real y responsable de la administración de la corte. Cuatro años más tarde, Lopes fue nombrado para el puesto de archivero real. Así, es en Portugal y no en Castilla ni en Aragón donde el rey hace el compromiso explícito de proteger y favorecer al cronista real²⁷ y, en verdad, los mantuvo ocupados buscando y copiando documentos.

Fernão Lopes tuvo una carrera ininterrumpida durante 36 años como archivero, algo insólito entre los historiadores medievales. Esto probablemente explica su reiterada insistencia en la «autentica scriptura», «verdadeira historia». Ciertamente hay muchas indicaciones dispersas sobre el uso de los documentos, del material de cancillería y de los decretos de las Cortes, que aparecen, más o menos, en su forma original.

Pero ni Fernão Lopes ni su sucesor Eannes de Zurara vieron modificados sus horizontes por llevar a cabo misiones oficiales en el extranjero. Sin embargo, la situación se invierte con Vasco Fernandes de Lucena. Este inmigrante andaluz era a la vez erudito,

²⁶ «Esta mundanall afeiçon fez a alguñs estoriadores que os feitos de Castella, com os de Portugall escpreverom ... desviar da direita estrada». Pról. a *Crónica de João I*. Lisboa, 1945. Véase también la Intro. de Torquato de Sousa Soares a *Crónica de D. Pedro I*. Lisboa, 1943, pp. 20-25.

²⁷ Carta de Alfonso V a Gomes Eanes de Zurara, 21 noviembre 1467: «Assi que, pois vos sois nesta arte assaz ensinado e a natureza vos deu mui gram parte dela, com muita razão eu e os príncipes de meus rreinos e capitães deuem daver a merçe que vos seja feita por bem empreguada». *Crónica da tomada de Ceuta*, ed. Esteves Pereira. Lisboa, 1915, p. 305. Véase P. E. RUSSELL, «Archivists as Historians: the case of the Portuguese fifteenth-century Royal Chroniclers» en *Historical Literature in medieval Iberia*, ed. Alan Deyermond, en prensa.

jurista, consejero real, *cronista-mor* y *guarda-mor* de la Torre do Tombo y de la biblioteca real, pero, al parecer, pasó tanto tiempo en misiones diplomáticas que no conocemos nada de su obra histórica. Por ejemplo, formó parte de la delegación enviada al Concilio de Basilea (1435), en Bolonia, pronunció su primer discurso conocido ante papa Eugenio IV en julio de 1436, presentó la obediencia de Afonso V a Nicolás V en 1450 y la de João II a Inocencio VIII en 1485²⁸. También pronunció elegantes discursos ante las Cortes en 1438 y 1481. El resultado final fue que, como sucede con Juan de Mena en Castilla, no ha subsistido trabajo histórico alguno que le pueda ser atribuido.

La figura que combina todas las características de secretario-archivero, consejero y embajador es el sucesor de Fernandes de Lucena, Rui de Pina, a finales del siglo XV. Esta figura extraordinariamente activa al servicio de João II parece haber logrado el doble que su predecesor. Estuvo constantemente de viaje, a la corte de los Reyes Católicos (1482, 1483, 1485, 1493), al Vaticano y a otros lugares. Escribió las historias de los reyes de Portugal anteriores a Pedro I y también a Duarte y a Afonso V. Sin embargo, lo importante —dado que Fernandes de Lucena vivía y ocupaba el cargo oficial— es que el mismo João II le pidió, a su vuelta de Roma, que escribiera una crónica de su propio reinado. Esto es exactamente lo que Fernando el Católico hacía en la misma época: había pedido a dos eruditos que llevaran a cabo la misma tarea. El hecho curioso es que Rui de Pina, en modo alguno, se parece a su predecesor en cuanto a oratoria y exposición. Como ha dicho un crítico, Ruiz de Pina ha dejado la impresión de un «provinciano impermeável ao alheio e nunca ao letrado que andou pelas grandes nações» (A. Martins de Carvalho).

De lo dicho es claro que no se puede dar por sentado, como consecuencia de las aspiraciones de largo alcance de Duarte I, que la cooperación de archivero e historiador consiguiera, para el futuro de la historiografía, unos resultados positivos y acumulativos con los nombramientos sucesivos. P. E. Russell, el más agudo analista de la historiografía del *quattrocento* portugués, señala que en el caso de Fernão Lopes sí hubo mejoras significativas. Para Russell, la formación notarial fue un factor principal «in crystallizing his particular approach to the business of writing history». Repetidas veces hace observaciones acerca de las dificultades en verificar datos para la serie de crónicas reales como si fuera un drama personal que tuviera que sufrir. Continuamente lamenta que sus predecesores hubieran omitido explicar las razones por las que se adoptaron ciertas líneas de conducta, lo que le aproxima a la metodología de Palencia en sus *Décadas*. Lo que es importante en Lopes no es que usara testimonios documentales, añade Russell, sino el significativo alcance de su confianza en lo que es importante, también el interés explícito por la verdad histórica y contra la creación literaria —una convicción que sólo emerge en la historiografía castellana a mediados del siglo XVI con el extranjero Johannes Vaseus. Pero, cuando se considera a los sucesores de Lopes, Fernandes de Lucena o Zurara, puede verse que ninguno de los caminos indicados por Lopes fue seguido hasta el fin. En realidad el último sugiere que los lectores estarían completamente aburridos por la repetición de los testimonios documentales y su sucesor, Rui de Pina, saca poco provecho de sus experiencias en el extranjero. La combinación de habilidades que se ve en Borgoña no se confirma en Portugal. Hay que esperar hasta el siguiente siglo con Damião de Goes y João de Barros.

V

En la historia de la historiografía del *quattrocento* en la Corona de Aragón, una de las grandes sorpresas es el acusado contraste entre el extraordinario vigor de las cuatro grandes

crónicas en catalán del siglo anterior, fomentadas por la familia real, y los pequeños y dispersos fragmentos añadidos a estas historias que aparecen en el siglo XV; Martí de Riquer hizo observaciones sobre esto hace ya muchos años²⁹. Mientras en Castilla varios historiadores oficiales cuestionan relatos de la contienda civil y en Portugal la recién creada serie de crónicas reales se basa firmemente en los archivos reales, en Cataluña una cortina de niebla desciende sobre las luchas internas. Vicens Vives y Ruiz Calonja incluso se atreven a hablar de una «trahison des clerics». Tenemos pocos conocimientos acerca de los intereses de Juan II en los hechos históricos, sea como rey de Navarra o como Lugarteniente General de Cataluña. La primera mención al puesto de cronista real no tiene lugar en Aragón hasta 1466 y la persona nombrada es un monje de fuera de la corte, el cisterciense Fabricio de Vagad, un profesional en la materia de baja categoría. Carbonell, el archivero y notario público recibió la aprobación real de Fernando el Católico después de haber empezado a escribir³⁰ y su crónica es poco mejor.

Y es que en Aragón no hay ninguna figura que encaje en el esquema de nuestra investigación, como Commynes lo hace en Francia o Rui de Pina en Portugal. En Cataluña, sin embargo, hay un individuo que se aproxima a este modelo, aunque no escribe historia contemporánea. Su historial y preparación van unidos a Bolonia, a Roma y a la corte de Alfonso el Magnánimo. Joan Margarit de Girona se licenció *in utroque jure* en Bolonia en 1443 y, desde los veinticinco a los treinta años, se le encontró en la corte pontificia de Nicolás V³¹, ocupándose de asuntos eclesiásticos y también como procurador de Alfonso V (1449-1454). Viajó frecuentemente entre Roma y Nápoles, resultado de lo cual fue su nombramiento como obispo de Elna. Sus posteriores actividades políticas en las *Corts*, su defensa de Gerona contra las tropas de la Generalitat y la protección ofrecida al joven príncipe Fernando y a su madre resultan bien conocidas. Escribió para el príncipe un manual de conducta, titulado *Corona Regum*. Su cambio de lealtad le ganó el puesto de canciller real bajo Juan II y en él siguió bajo Fernando. Las experiencias del obispo en el Ampurdán —en la frontera con Francia— en sus embajadas en el extranjero no están referidas en la forma narrativa de la historia contemporánea, pero se insertan profundamente en sus tratados sobre los orígenes de los reyes de España, en sus discursos a las *Corts* o a los dignatarios de Florencia o Venecia o en su tratado *Templum Domini* acerca de las relaciones entre Iglesia y Estado. Sus puntos de vista políticos se expresan mordazmente en la dedicatoria y prólogo a su historia de la *Hispania* prehistórica, el *Paralipomenon*, en el que celebra la unión de las coronas bajo los títulos simbólicos de *Hispania Citerior et Ulterior* y en el que defiende los derechos de los reyes de Aragón a los condados de Rosellón y Cerdeña. La última parte de su vida la pasó como embajador volante de Fernando en Italia, defendiendo las ideas políticas aragonesas frente a las de la Casa de Anjou. Al final de su carrera, después de acceder al cardenalato, incluso pudo haber tenido alguna oportunidad, escasa, de llegar a ser papa.

En la España del siglo XV, el mejor ejemplo de la combinación de erudito, consejero, político, educador e historiógrafo de la corona es, con diferencia, Margarit, cuyos escritos estuvieron profundamente influidos por su investigación histórica y su experiencia política. Hay que lamentar que no dejara a la posteridad un relato de la política de su

²⁸ V. FERNANDES DE LUCENA, *The Obedience of a King of Portugal*, traduc. con comentario por Francis M. Rogers. Minneapolis, 1958.

²⁹ MARTÍ DE RIQUER, ANTONIO COMAS, *Història de la literatura catalana*. Barcelona, 1964, I, p. 502.

³⁰ R. B. TATE, *Ensayos sobre historiografía peninsular*. Madrid, 1970, pp. 265-6, 284.

³¹ Para todos los detalles sobre Margarit, véase TATE, *Joan Margarit i Pau, cardenal i bisbe de Girona*. Barcelona, 1976, *passim*.

propia época, pero la amplitud de miras es evidente en sus discursos y tratados. En el *Paralipomenon*, Margarit intentó cambiar la visión tradicional de la historia pasada de España, según la había establecido Jiménez de Rada. La importancia de este texto fue reconocida por la familia Nebrija; Sancho Nebrija lo publicó por primera vez en 1545, pero no conocía el nombre del autor. Su padre Antonio —de cuya biblioteca no dudo que procedía el manuscrito— debe haber sabido quién era, pero, por una u otra razón, dejó de mencionar este hecho. No era algo insólito, ya que prescindió de mencionar por su nombre a Alfonso de Palencia, el equivalente de Margarit en Castilla.

VI

Veamos la situación de la historiografía real en Castilla. Como dije en mi ponencia para el *Coloquio Nebrija* hace algunos años, el oficio de cronista real dependía de la cancillería y el canciller organizaba la preparación de las crónicas dentro del scriptorium. Los dos últimos cancilleres del siglo XIV, Sánchez de Valladolid y López de Ayala, continuaron con modificaciones las crónicas reales iniciadas a fines del período alfonsino. Siguen varios años de confusión en los cuales no ha surgido documentación alguna sobre el puesto de cronista oficial, una situación similar a la de Aragón. No surge ningún historiador de relieve en la primera parte del siglo XV, según Enrique de Villena. Este llamó a quienes intentaban la tarea «romancistas», que como simples escribas, sólo registraban lo que había ocurrido, «no curando del orden artificial que guarnesce mucho las obras»³². De cualquier modo que se consideren las diversas versiones de la obra de Alvar García de Santa María y sus continuadores, está claro que ninguno poseía un alto grado de educación, habilidad artística o penetración política. Tampoco hay muchos indicios de interés en los asuntos de fuera de las fronteras de Castilla. Sus crónicas, ciertamente, constituyen un elaborado itinerario real y aristocrático.

Sólo cuando uno se traslada al reinado de Enrique IV, es consciente de algunos cambios socio-culturales profundos, en particular el rápido aumento en el número de *letrados* en la cancillería, que se transforma en un torrente bajo los Reyes Católicos. Para los *letrados* nombrados por la corona Phillips da las cifras de 34 por Juan II, 97 por Enrique y de 137 por los Reyes Católicos³³. Se ve que surge un grupo significativo de secretarios inteligentes como Fernán Díaz de Toledo, *relator* y miembro del consejo real, Alfonso Alvarez de Toledo, Alvar Gómez de Ciudad Real, miembro también del consejo real, Diego Martínez de Zamora, etc. Fuera de este medio sobresalen dos figuras laicas y cultas importantes: Juan de Mena y Alfonso de Palencia, ambos nombrados para el puesto de secretario de la correspondencia latina e historiador de la corona. Esta innovación podría deberse a Juan II y puede relacionarse con el volumen creciente de correspondencia con la *curia* y otros eruditos italianos en la época de los concilios de la Iglesia³⁴. No sabemos nada de Juan de Mena como secretario y cronista real, ni sabemos a qué se dedicó en Italia. En

³² «La historiografía del reinado de los Reyes Católicos» en C. CODONER-J. A. GONZÁLEZ IGLESIAS (ed.), *Antonio de Nebrija: Edad Media y Renacimiento*, Salamanca, Universidad, 1994.

³³ JOSÉ LUIS BERMEJO CABRERO, «Los primeros secretarios de los reyes», *AHDE* 49 (1979), pp. 187-296; WILLIAM D. PHILLIPS Jr., *Enrique IV and the Crisis of fifteenth-century Castile*. Cambridge, Mass., 1978, pp. 49-52 y «State service in fifteenth-century Castile, a statistical survey of royal appointees», *Societas VIII* (1978), p. 131.

³⁴ Poggio Bracchiolini habló de Alfonso Alvarez de Toledo como «virum doctissimum atque omni litterarum genere prestantem studiosissimum vero earum litterarum que spectant ad studia humanitatis», dtd. Bologna, nov., 1436. Bibl. Laurenziana Florence, Plut. 47, doc. 20, n° 85, f. 96r-96v.

cuanto a Palencia, su nombramiento es simbólico de los muchos cambios que se avecinaban en la historiografía durante las siguientes décadas, en particular la combinación de secretario, consejero, enviado diplomático e historiador oficial.

Es conveniente en este momento, antes de seguir adelante con el estudio de Palencia, tratar de otro historiador oficial, Diego Enríquez del Castillo, capellán del rey, ya que estos dos personajes representan, como así fue en realidad, las dos facetas opuestas de la historiografía real en la Castilla de fines del XV. Uno escribe desde un historial franciscano de la literatura de sermones en lengua vernácula y el otro con una formación laica derivada de los retóricos italianos y en latín. Aunque Enríquez del Castillo escribió su crónica durante el reinado de Isabel la Católica, sólo iba recuperando recuerdos de los *cuadernos* que le habían sido arrebatados por la fuerza por los rebeldes de Segovia, cuando ésta fue tomada en setiembre de 1467. Castillo fue nombrado unos pocos años después de Palencia, el 3 de mayo de 1460³⁵ y fue clasificado más adelante por Gonzalo Fernández de Oviedo como «coronista del Rey y de su Consejo y su capellán ... hombre limpio e apartado de fábulas ni lagoterías»³⁶. En su crónica lo que él intentaba hacer era pedir perdón a las generaciones futuras por la debilidad de un rey que estuvo pésimamente servido por sus consejeros. Parece que tuvo algunas dificultades en hacerlo así por una pregunta que formuló a Diego de Valera relativa a si el código de honor caballeresco y la conciencia individual podían ser siempre compatibles³⁷. Castillo se presenta a sí mismo como un leal servidor y consejero del rey quien se valía de él en ocasiones, dentro de Castilla, como agente confidencial.

Aproximadamente un año después de la *farsa de Ávila*, Gastón, conde de Foix, yerno de Juan II de Aragón, que reivindicaba la sucesión en Navarra, tomó la ciudad de Calahorra y mandó un emisario a Enrique IV para buscar un acuerdo de fronteras. Según la narración de Castillo «[el rey] acordó que yo como su capellán y cronista y de su consejo debiese de ir con aquella embaxada»³⁸. En Calahorra pronunció un discurso delante del conde y de su esposa, hermana del difunto Carlos de Viana, pidiendo que Calahorra se rindiera al rey. Las conversaciones, ásperas en ocasiones, ocasionaron la vuelta a Segovia y otro viaje a Logroño, Alfaro y Tudela, simplemente porque el conde estaba ocupado en negociar con los representantes del príncipe Alfonso al mismo tiempo³⁹. Al final Gastón se vio obligado a retirarse por falta de apoyo local. Castillo también actuó para Enrique IV en una situación similar cuando el monasterio de Guadalupe estuvo sitiado por Francisco de Zúñiga que perseguía a Alfonso Ponce de León, hermano bastardo de Rodrigo, conde de Arcos en 1470. Este último y sus seguidores estaban asediados en el monasterio, para gran consternación de los monjes que veían que su iglesia era «más establo que lugar sagrado». Así, el rey «mandó a mí como a persona del su Consejo, que fuese luego allá a más andar con grandes poderes». No es éste el lugar para entrar en los detalles de los duros debates entre las diversas partes en los que Castillo actuaba como árbitro neutral. Con el tiempo se llegó a un acuerdo y Castillo comunicó a Enrique IV que «la iglesia quedó tan sucia de las bestias e hombres que avían estado dentro, que ninguna privada podía estar

³⁵ J. L. BERMEJO CABRERO, «Orígenes del oficio del cronista real», *Hispania* 145 (1980), pp. 403-408.

³⁶ Véase *Quinquagenas*, ed. J. B. Avallé Arce, II, pp. 477-481.

³⁷ *Epístolas en Prosistas castellanos del siglo XV*, vol. 1, BAE CXVI (1959), pp. 16-17.

³⁸ *Crónica del rey D. Enrique IV*, BAE LXX, p. 151 y también Palencia que rechaza la intervención de Enríquez «neque solatium attulit cladi nuntius Henrici qui per interpretem Didacum del Castillo conatus est in ire foedus amicitiamque firmare», *Décadas* I.8.4; BAE CCLVII, p. 187.

³⁹ MARÍA DOLORES-CARMEN MORALES MUÑIZ, *Alfonso de Avila, rey de Castilla*. Avila, 1988, p. 153.

tan llena de mal olor como ella». Su última intervención se produjo con ocasión de la embajada a Madrid de Rodrigo Borgia como legado papal, a finales de noviembre de 1473, en un esfuerzo del papado para resolver de modo definitivo la guerra civil en Castilla. Castillo fue escogido de nuevo por el rey para actuar como conducto entre la corona y el legado papal —«[el rey] nombraba a mi como a su coronista e capellan e de su consejo, con quien su Reverendisima Paternidad podía comunicar todo lo que quisiese»⁴⁰. Se pidió al cronista que organizara la recepción de la embajada papal y todos los adecuados cortejos solemnes de entrada en San Jerónimo del Paso. Más tarde la reunión se trasladó a Segovia, y surgieron ciertos problemas, porque los partidarios de Fernando e Isabel deseaban que la acción se trasladara a Valladolid. Por tanto, Castillo fue llamado para tranquilizar a Don Íñigo Manrique, obispo de Coria, y a la larga se acordó organizar un encuentro con los príncipes en Alcalá de Henares, donde fueron atendidos por Alfonso Carrillo, arzobispo de Toledo.

Queda claro por las citas hechas de la crónica de Castillo que él era consciente de la combinación de papeles que desempeñaba como emisario real, por la manera en que consignaba los detalles y la lista de sus títulos cada vez que era nombrado para una misión. No se puede afirmar que fueran éstas tareas importantes, pero muestra que esta conjunción de oficios era útil a la corona y es una práctica que iba a seguirse en el caso de Alfonso de Palencia, su predecesor y su alter ego. Ambos tuvieron que afrontar, próximo ya el fin de sus carreras, la desafección de Isabel la Católica. Castilló se excusó, pero Palencia nunca lo hizo⁴¹.

El último entró en contacto con la política de alto nivel en su temprana juventud. Con diecisiete años aparece como un *familiaris* de Alfonso García de Santa María, obispo de Burgos, en una misión de Juan II a Alvaro de Luna⁴². Este temprano patrocinio probablemente le vino bien en Roma en la casa del cardenal Bessarion. La experiencia diplomática de Palencia en casa y en el extranjero y su fascinación por el juego de las fuerzas políticas es evidente en sus tratados más tempranos, la *Batalla Campal* y el *Tratado de perfección*. En sus orígenes ambos se escribieron en latín y evidentemente iban dedicados a una audiencia culta y experta, según se deriva de la dedicatoria del último al intrigante en jefe, Alfonso Carrillo, arzobispo de Toledo. En ellos se pueden vislumbrar temas de derecho cívico que habían sido elaborados antes, en las crónicas de Fernão Lopes, y que emergerían más tarde en las *Décadas*, también una desconfianza en la ética caballeresca, una aversión por el egoísmo de la nobleza y, sobre todo, un fuerte sentido de aquel orgullo cívico que encontró en Florencia. Elogió a la ciudad de Sevilla del mismo modo, pero no con el mismo estilo, que Lopes había alabado a Lisboa.

Hay dudas de que Palencia hubiera creado algo más que borradores para su historia oficial para el momento en que decidió abandonar la cancillería de Enrique IV, ocho años después de su nombramiento. En realidad, fue escogido por la facción disidente como miembro principal de la misión enviada al Vaticano, a mediados de 1464, pocos meses después de que el primer acto de rebelión hubiera tenido lugar con la coalición establecida

⁴⁰ *Crónica del rey D. Enrique IV*, p. 213-4.

⁴¹ «Bien quiero manifestar, afirmar y conoçer que sy algo yo prediqué en ayuda y favor de vuestros aduerssarios, no fue ni pudo ser cosa que a vuestro seruicio cumpliese. Pero ni por eso se sigue que vuestra çelsitud deua estar indynada ni enojada contra mí». A. Paz y Melia, *El cronista Alonso de Palencia*. Madrid, 1914, lxxxvii.

⁴² Los detalles de la vida de Alfonso los tomo de mi reciente estudio «Alfonso de Palencia, an interim biography» en *Letters and Society in fifteenth-century Spain. Studies presented to P.E. Russell on his eightieth Birthday*, ed. Alan Deyermond and Jeremy Lawrance (ojo comprobar la a). Llangrannog, Wales, 1993, pp. 175-191. Aparecerá en español en la BRAH. (Ver si está)

en Alcalá de Henares entre Alfonso Carrillo, Juan Pacheco y Pedro Girón⁴³. Como todavía no disponemos de ningún testigo independiente de lo que ocurrió en el Vaticano, tenemos que fiarnos de los propios relatos de Palencia en sus *Décadas*. Afirma que en primer lugar fue abordado por Alfonso de Fonseca, arzobispo de Sevilla, y más tarde por Alvaro López de Zúñiga, conde de Plasencia, reciente partidario de la conspiración. Comprendió el «onus gravissimum» que se le había pedido que soportara y aceptó el cometido de presentar la esencia de sus quejas a Pablo II en nombre de todos los representantes del episcopado y la nobleza: «coram papa, praesentibus quoque procuratibus, diserui»⁴⁴.

Palencia polemizó con Juan de Mella, obispo de Zamora y durante largo tiempo residente en el Vaticano y con el mayor y más experimentado cardenal de Sant'Angelo, Juan de Carvajal. Todo fue en vano y esto a pesar de que el papa había delegado su autoridad en Bessarion, en cuya casa Palencia había servido precisamente hacía una década. A pesar de sus habilidades retóricas —sin duda hablando latín era el mejor del grupo— todo lo que obtuvo fueron ciertas concesiones sobre el pago de *annata* para la cruzada. En modo alguno el papa iba a aprobar la deposición de un monarca.

Durante unos pocos y agitados años, Palencia parece actuar como una especie de representante ambulante de la incipiente corte del príncipe Alfonso. Busca el apoyo de las ciudades de Sevilla, Cádiz y Toledo y escucha, según su relato, las confesiones íntimas de tan variadas fuentes como el propio príncipe, el maestre de Calatrava, el arzobispo de Toledo y muchos otros, hasta la inesperada muerte del pretendiente al trono. No está clara cuál fue la posición de Palencia durante este período, pero estos acontecimientos le habían empujado a la primera línea de la política y puede suponerse que esto se debió a su estrecha relación con el arzobispo de Toledo. En abril de 1469 fue enviado en secreto por Alfonso Carrillo a Aragón para asegurar que Fernando llegaría tan rápidamente como fuera posible para apoyar la causa de Isabel⁴⁵. En Tarragona, Palencia lleva al lector de las *Décadas* a creer que los acuerdos sobre el proyectado matrimonio se resolvieron gracias a sus propias intervenciones diplomáticas, pero en el lado aragonés no hay documentación que lo apoye. Luego, a principios de octubre de 1469 volvió a Aragón, esta vez con la precisa tarea de regresar a Castilla con el príncipe Fernando⁴⁶. Dejó Valladolid de noche con Gutierre de Cárdenas, *maestresala* de Isabel, por tortuosos caminos llegaron a Osma y de allí a Zaragoza, Calatayud y Verdejo donde se reunieron con Fernando. Volvieron inmediatamente, llegando a Dueñas el 9 de octubre. Nueve días más tarde, en Valladolid, se celebró el matrimonio ante el arzobispo de Toledo, siendo Palencia uno de los testigos.

No sorprende que, a partir de este momento, Palencia se describa a sí mismo como secretario de la pareja, pero no aparece ninguna prueba concreta de su papel como cronista hasta enero de 1471. No cesó de viajar como emisario de la princesa. Pronto regresó a Aragón para reclamar ayuda financiera. En los años siguientes pasó algún tiempo viajando por Andalucía con la intención de resolver conflictos entre la nobleza: los condes de Arcos, los duques de Medina Sidonia, los condes de Cabra, los señores de Montilla. Juan de Guzmán estaba especialmente bien dispuesto hacia Palencia; desde luego tenía sus razones, ya que quería que Palencia convenciera a los monarcas para que le nombraran sustituto del marqués de Villena, cuando éste murió en octubre de 1474. Era una

⁴³ Doc. XCII, *Memorias de don Enrique IV de Castilla* II, pp. 302-304.

⁴⁴ *Décadas* I.7.3; BAE CCLVII, pp. 155-158.

⁴⁵ *Décadas* II.2.3; p. 287.

⁴⁶ *Loc. cit.*; p. 289.

esperanza vana. Sin embargo, Palencia se mantuvo fiel a Fernando; estuvo con él en Zaragoza en un momento crucial, cuando llegaron las noticias de la muerte de Enrique IV.

Es en este momento cuando se pueden percibir en las *Décadas* los primeros débiles indicios de la desaprobación de las acciones de Isabel. Es verdad que aparece en documentos como «consejero», pero está claro que no puede ocultar su preferencia por Fernando como rey de Castilla y Aragón, con Isabel de consorte. Continúa haciendo viajes como intermediario entre los dos reinos, intentando persuadir a Fernando para que aparte su mente de los problemas de la frontera francesa y se concentre en el otro flanco, el portugués. Es digno de notarse que desde 1476 sus actividades diplomáticas están limitadas al escenario andaluz y a jugar un papel de segundo orden en la preparación de una flota para la conquista y colonización de las Canarias.

A menudo he escrito de cómo los hechos cambiaron de forma decisiva en las famosas Cortes de Toledo en 1480 cuando Isabel, de modo definitivo, rechaza aceptar a Palencia como cronista real, al menos para Castilla. Aunque éste protesta en vano acerca de su rectitud profesional, no figura por más tiempo como consejero o secretario. Continúa llamándose a sí mismo historiógrafo real y el título aparece en documentos oficiales, pero no hay ninguna nueva prueba de su participación activa en misiones diplomáticas. Este papel ahora pasa a Fernando del Pulgar, viejo colega de Palencia, y a partir de ahora secretario real, cronista y, al menos en tres ocasiones, emisario real.

En otro lugar he subrayado el rico despliegue de historiógrafos oficiales bajo los Reyes Católicos⁴⁷, así como el uso de la imprenta para dar publicidad al rico pasado histórico de España. Esto alcanza su punto culminante con la publicación por Sancho Nebrija de una significativa selección de textos históricos latinos de figuras tales como Jiménez de Rada, Alfonso de Cartagena, Antonio de Nebrija, impresos por primera vez en 1545, año de la apertura del concilio de Trento⁴⁸. Además de encargar a Gonzalo García de Santa María y Lucio Marineo Sículo dos biografías de su padre, Fernando había hecho que Nebrija pasara al latín la historia de su reinado y del de Isabel escrita por Pulgar y pidió al secretario y consejero Lorenzo Galíndez Carvajal que supervisara esta operación y dispusiera la recogida y publicación de otros textos de la historia pasada inmediata. Por último, los Reyes Católicos encargaron a Pedro Mártir de Anglería que publicara las sorprendentes noticias del nuevo mundo, *De orbe novo*. Este florecimiento de la actividad histórica en íntima cooperación con el trono sólo puede ser igualado por Florencia y Nápoles en una fecha más temprana del *quattrocento*. De todo el conjunto de historiadores, solamente tres pueden ser incluidos en la lista de emisarios reales al extranjero: Margarit, Pulgar y Pedro Mártir.

Margarit había muerto en 1484 antes de que la política de los Reyes Católicos adoptara su forma final. Pulgar, a los ojos de Isabel, era un perfecto *apparatchic* para reemplazar al nada fiel Palencia. Había servido desde una temprana edad en el scriptorium de Juan II de Castilla, probablemente bajo Fernán Díaz de Toledo (véase *Letra XXXI*) y desde 1458 su nombre aparece en los documentos como secretario de Enrique IV, y, sin duda, en esa época conoció a Palencia. Como Palencia, en 1473, fue enviado en misión al Vaticano, pero por Enrique IV. Tuvo esto relación con la misión de Rodrigo Borgia a la que he aludido antes. La labor de Pulgar consistía en contrarrestar lo que los partidarios del rey veían como una actitud del Cardenal demasiado benévola hacia los jóvenes príncipes. Fernando sabía de esta gestión y desde Alcalá escribió a su padre Juan II el 24 de marzo de

⁴⁷ «La historiografía del reinado de los Reyes Católicos», *cit.*

⁴⁸ R. B. TATE, «Sancho de Nebrija y su antología historiográfica», *Insula* 551 (1992), pp. 17-19.

1473, diciendo que Borgia volvía a Roma y que su padre debería ganarse su benevolencia, ofreciéndole unas galeras para regresar a Italia, «que el Rey [Enrique IV] envía por procurador suyo en corte Romana a Fernando del Pulgar, por procurar la dispensación del fijo del Infante con la fija del Infante con la fija de la Reina y otras cosas en danyo e deservicio de vuestra señoría e nuestra» A Fernando le interesaba que la propuesta de matrimonio entre Enrique Fortuna y Juana no fuera un obstáculo a los derechos de sucesión de Isabel⁴⁹.

Después de la muerte de Enrique IV, Pulgar con la mayoría de los funcionarios de la corte pasó a la administración de Isabel. Se confirma que ella confiaba en su lealtad al trono porque en 1475 fue enviado en misión a Luis XI. Esta fue la primera misión diplomática de la corona castellana después de que Isabel subiera al trono. Iba dirigida a establecer las circunstancias bajo las que se iba a renovar la alianza franco-castellana. Pulgar, como Comynnes, no se refiere a sí mismo por el nombre, pero en su relato Palencia parece estar bien enterado de los detalles. No sólo los examina, sino que también revela que Pulgar había sido destinado en misiones a la corte francesa antes. Por el tono del pasaje podemos suponer que las relaciones entre los dos secretarios todavía eran cordiales. Vale la pena citar *in extenso* el texto de las *Décadas*, ya que no ha sido comentado, que yo sepa, por otros especialistas, excepto Morel Fatio y Carriazo⁵⁰.

«A la muerte de don Enrique, los reyes le enviaron por embajador a Fernando del Pulgar, conocido del Monarca francés por haberle elegido en otro tiempo D. Enrique por su mensajero, como a persona perita, sagaz e ingeniosa en la conversación y muy a propósito para que el vulgo no trasluciese la causa de la secreta embajada. Impulsados por análogo motivo, los reyes al comienzo de su reinado enviaron por su embajador a Pulgar. Empezó éste por pedir al rey Luis dos cosas muy justas y muy conformes con la antigua amistad entre los dos reinos. La primera, que tuviese a bien confirmarla y continuar la alianza establecida con D. Enrique, con sus legítimos sucesores D. Fernando y Dña. Isabel. La segunda, que se dignase restituirles pacíficamente la provincia del Rosellón, como entre ambas partes convenidos cuando después del largo sitio de Perpiñán y defensa del rey de Navarra el mismo D. Fernando acudió en socorro de su padre; pactos no mucho después violados por el rey de Francia al romper de nuevo la guerra, según dejo referido».

Luis no responde a la primera petición, pero dice que renunciará a los derechos sobre el Rosellón si recibe una compensación en metálico. Pulgar vuelve a Castilla con un emisario francés llamado Robert que pronuncia un brillante discurso en Tordesillas, donde trae a la memoria la ayuda ofrecida por Luis cuando Fernando, de niño, fue sitiado en Gerona. Fernando tiene muy pobres recursos económicos en metálico, así acuerda enviar de nuevo a Francia a Pulgar con Robert con nuevas condiciones que Luis encuentra difícil aceptar. Después pide una reunión de emisarios de alto nivel y Pulgar ofrece los nombres de Diego Hurtado de Mendoza, sobrino del Gran Cardenal, en aquella época obispo de Palencia, y también de Gabriel Manrique, conde de Osorno, primo del duque del Infantando; también él les acompañaría. Sin embargo, Pulgar descubre que esto simplemente es un intento de ganar tiempo, puesto que Luis ya ha tomado partido por los portugueses y disponía el envío de tropas a Fuenterrabía para cruzar la frontera. Así, regresa para dar cuenta a Fernando del fracaso de las negociaciones. Tal es la versión de Palencia,

⁴⁹ *Col. Dip. Enrique IV*, Doc. 197, pp. 689-690.

⁵⁰ *Década III.4.5*; BAE cclviii, pp. 239-240. Palencia tiene al mismo tiempo nuevos y bastante diferentes detalles con respecto a los contenidos en la versión de Pulgar, *Crónica*, ed. Carriazo I, pp. 68-70. Pulgar evita referirse a sí mismo: «enbiaron vn su secretario al rrey don Luys de Françia».

mucho más detallada que la de Pulgar, por tanto, debe haberse producido en la cancillería algún tipo de colaboracionismo⁵¹.

Desde este período en adelante Pulgar se ocupa de la preparación de la crónica real y al mismo tiempo está en contacto epistolar con la reina y con otros magnates.

A partir de estos intercambios se puede comprender cómo veía su relación con el monarca. Era infinitamente más sensible a las peticiones de la reina que Palencia, aunque todavía no había salido a la luz ningún nombramiento oficial, por parte de ella, para el puesto de historiógrafo. Se puede suponer que Palencia continuaba siendo el otro cronista real bajo la protección de Fernando. Como Carriazo sostiene, no hay pruebas de que Pulgar ocupase un puesto oficial en 1480 (*op. cit.* xli-xliii), y está ya implícito en su carta a la reina a principios de 1482 (*Letra XI*): «Yo iré a vuestra alteza segund me lo enbía a mandar, e leuaré lo escrito fasta aquí para que lo mande examinar». Es irónico que Alfonso de Olivares, *maestresala* de Enrique IV —a quien Palencia en otro tiempo había dedicado la versión latina de la *Batalla Campal*— ahora felicitara a Pulgar por su nombramiento para el puesto de cronista real (*Letra XXIX*).

Desde los años 80 hasta su muerte, la crónica de Pulgar del reinado de los Reyes Católicos claramente puede identificarse con la política real. A este fin, Pulgar ofrece a los principales protagonistas de la narración la oportunidad de expresar su opinión sobre los acontecimientos, principalmente a través de *oratio recta*. Consideraba que esto era un claro progreso con respecto a la exposición de las crónicas reales más tempranas, ya que tales declaraciones estaban «enbultos en mucha filosofía e buena doctrina» (*Letra XXXIII*). Las propias cartas públicas de Pulgar al rey portugués Afonso V (*Letra VII*) constituyen declaraciones de la política real y más tarde Andrés Bernáldez incluye copias de tales cartas en su propia crónica, junto con sus puntos de vista sobre el papel del cronista real como una especie de orador público o portavoz de la corona.

VII

No sería adecuado continuar aquí estudiando el papel de Pedro Mártir, ya que inevitablemente nos llevaría a un nuevo capítulo en la historiografía hispana. El reinado de los Habsburgo marca el comienzo de la fase principal del compromiso ibérico en los asuntos mundiales, en el Medio y Lejano Oriente y en el Nuevo Mundo. Y esto se refleja en la manera de escribir la historia, que afronta nuevos problemas y nuevos retos. No obstante es útil para comprender que los historiadores del siglo XV, en el extremo de Europa occidental son los heraldos del notable florecimiento de la historia oficial por toda Europa en el siglo XVI. Y mucho de esto ciertamente se debe a la manera en que la historiografía se había beneficiado de los múltiples papeles desempeñados por los historiadores oficiales. La importancia del historiador oficial varió considerablemente de país a país. En Inglaterra la tradición es muchísimo más débil, comparada con Borgoña o Portugal, pero, por otra parte, los historiadores de estos países, en general, no demuestran estar interesados en territorios más allá de sus propios límites.

Son los casos individuales, considerados en conjunto, los que preludian el futuro. Figuras como Tomás Moro en Inglaterra, Gaguin y Commynes en Francia, Rui de Pina en Portugal, Margarit en Aragón y Palencia en Castilla se habían dedicado a una serie de

⁵¹ Las instrucciones dadas por Isabel a Pulgar se contienen en BN Paris lat. 6024 dtd. 7 Feb. 1475 f. 188; véase también f. 194, 207, transcritos por A. MOREL FATIO, *Etudes sur l'Espagne* 1e ser. 2. Paris, 1895.

actividades que, combinadas, en modo alguno se habían visto en los siglos anteriores. Todos no eran laicos, pero una significativa parte de estos nuevos historiógrafos sí lo era. Manejaron una gama de datos mayor que la de sus predecesores: como secretarios estaban al corriente de la preparación de los documentos y discursos oficiales y como consejeros podían leerlos entre líneas. Se les había enviado al exterior con cometidos varios y habían expuesto los asuntos en lenguas extranjeras. Eran conscientes de la existencia de entidades nacionales y les atribuían a ellas características específicas, como se puede ver en Gaguin y Palencia. Las observaciones de amplio alcance de Commynes sobre el precario equilibrio de poderes entre las naciones de Europa Occidental no podrían haber sido realizadas por la anterior generación de historiadores y, mucho menos, por los borgoñones⁵². Eran conscientes de las fronteras y de las guerras que se hacían para mantenerlas, como se ve en los escritos de Margarit y Nebrija. Sabían de su responsabilidad para defender la herencia nacional y para anunciar en el extranjero los logros culturales de la dinastía reinante. Gaguin proporcionó el marco para la glorificación de la estirpe francesa, del mismo modo que Polidoro Virgilio había ensalzado a los monarcas Tudor. Tomás Moro rechazó el ideal borgoñón de la gloria caballeresca, denunció la guerra como fuente de corrupción y proclamó las virtudes de un monarca cristiano. Finalmente, Commynes y Palencia tuvieron una opinión negativa del comportamiento humano⁵³.

Para muchas de estas tareas necesitaban escribir en la lengua internacional. En general su conocimiento del latín era bueno. (En el caso de Commynes su último texto iba a ser en latín). El uso de la lengua vernácula ciertamente se consolidaba, pero, en su mayor parte, las amplias historias nacionales globales de los siglos XVI y XVII se escribieron en latín⁵⁴. No pasaría mucho tiempo antes de que tales extensos trabajos serían de la dedicación exclusiva del erudito.

* Traducción: M^a Luisa Guadalupe Beraza

⁵² «...je n'ay parlé que de Europe, car je ne suys point informé des deux autres pars, Azie et Affrique; mais bien orrons-nous dire qu'ilz ont guerres et divisions comme nous, et encores plus mécaniquement» *Mémoires* V.18, ed. Calmette. Paris, 1925, II, pp. 210-211.

⁵³ «Or fault conclure que la raison naturelle ny nostre sens ne la craincte de Dieu ny l'amour de nostre prochain ne nous garde point d'estre violentz les ungs contre les autres», *Op. cit.*, 210.

⁵⁴ Véase mi último trabajo «The rewriting of the Historical past. *Hispania et Europa*» en *L'histoire et les nouveaux publics*, ESF Conference, Casa de Velázquez. Madrid, 1993, en prensa.